

mismos sentidos no se asustan á la vista del propio objeto , cuando se lo presenta el mundo , la pasion ó el interés. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido , sobre las mortificaciones que has tolerado , sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo , por tus amigos , por satisfacer alguna pasion , por algun interés ó por alguna condescendencia ; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ; Qué desigualdad ! Contentariase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ; Y qué consuelo seria ahora el tuyo si hubieras padecido algo por amor de Dios ! ; qué alegría , qué satisfaccion se siente en la pascua cuando se pasó la cuaresma en ejercicios de penitencia ! Cuando tú mismo te has mortificado por un motivo de religion , ; qué gozo ha sido el tuyo ! Si no lo has experimentado hasta ahora , haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia , y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2. Pero son muy inútiles los propósitos vagos é indeterminados ; para que sean eficaces , es menester descender á cosas particulares. Primero : en lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita inútil , vete á una iglesia á llorar á los piés de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo : Hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Se puede estar de rodillas sin apoyarse ; privarse de ciertas satisfacciones por espíritu de penitencia ; prohibirse por espacio de un año el uso de ciertos manjares , de ciertas frutas , de ciertas golosinas á que tienes vehementemente apetito ; negarse ciertas delicadezas que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad ; no comer jamás sin sazonar la comida

con alguna mortificacion ; en fin , hacer todos los dias , ó á lo menos en determinados dias de la semana , y singularmente las visperas de las fiestas , y aun los mismos dias de comunion , algunas penitencias con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañarán de cerca á estos piadosos ejercicios , te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprension de los que jamás los gustan.

DIA CUARTO.

SAN PLATON , ABAD.

Fué san Platon hijo de Sergio y de Eufemia , cuya virtud era igual á la calidad , y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas , las cuales se distinguieron en el mundo , mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas , por su vida ejemplar. Por lo que toca al mismo Platon , se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche , y que nada fué capaz de debilitar sus virtuosas inclinaciones , ó de manchar el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impío emperador Constantino Coprónimo , enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos , affigia al imperio con un terrible azote que lo desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa : aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul , formada con perfeccion , y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal ,

se sentía tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se experimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populosísima ciudad con muerte repentina, y esta suerte tuvieron el padre y la madre de nuestro santo.

Platon, todavía muy niño, quedó bajo la tutela de un tío suyo que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No se vió nunca jóven de ingenio mas penetrante y mas desembarazado, ni que tuviese mejor corazon, mas blando natural, ni modales mas nobles y mas cortesanos. Hizose hábil principalmente en el manejo de los negocios; y habiendo sido hecho su tutor tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exacta probidad y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante con que le lisonjeaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas podia tentarle; inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos; nunca le deslumbraron las aparentes brillanteces de que tanto se paga el mundo; inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y aunque jóven, rico, y en medio de una corte donde todo convidaba á la diversion, vivía con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes

de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, lo empleaba él en leer libros espirituales, en oracion y en obras de caridad. Una virtud tan ejemplar añadía mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudian y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla para atender únicamente al cuidado de su salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demás entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Simbolos*, para entregarse á la disciplina de Teotisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podria con vida tan rigurosa, y no perdonó medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo. *¿Qué importa*, le dijo, *que sea de complexion débil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, padre, no vengo aquí para darme á Dios á medias; tú has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exacto, mas rendido. Hechizado el santo abad de las admirables disposiciones del nuevo discípulo, no omitió nada para cultivar tan buen fondo. Ocupábale siempre mucho, y le mortificaba mucho mas. Acrisolaba su virtud con sensibles hu-

millaciones y con pruebas continuas; y nuestro santo, que únicamente suspiraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en ella bajo la diciplina de tan hábil maestro, que muerto Teotisto, no quisieron los monjes otro superior. En vano se resistió su humildad; la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él lo desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus ejemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veia ocioso: la oracion y la lectura de los santos padres y de la sagrada escritura eran todas sus delicias. Su sobrino san Teodoro Estudita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosos trabajos.

Mientras nuestro santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Coprónimo turbaba la iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las santas imágenes y á los defensores de ellas. Fué horrible la persecucion; y fué mas cruel contra los monjes, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad católica. Fueron pocos los monasterios que no se viesen arrasados; eran desterrados los monjes mas santos y

mas zelosos, y muchos de ellos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro santo en el fondo del desierto para que volviese para encender de nuevo la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fué recibido en ella como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no contribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia excitado la herejia de los iconoclastas. Hizo famosas conversiones; restituyó á su antiguo ser la disciplina religiosa en las comunidades, el celo y la edificacion en el estado eclesiástico, la reformacion de costumbres en todos los estados; y en fin, reffloreció con su presencia la religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas en que le empeñaba el zelo y la caridad, no se dispensó en ninguna de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia; pero no fué posible vencer su profunda humildad. Suspiraba continuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza luego que se lo permitieron los negocios que le llevaron á la corte; pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que á lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio, ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él, restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de san Basilio. Despició todos los criados que dormian dentro de las cercas del monas-

terio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió á entrar en ella el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su teson, con su mansedumbre y con sus ejemplos, salió al cabo con todo exito e intentaba.

El año de 786 asistió al sínodo de Constantinopla en la iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto zelo, con tanta elocuencia y con tanta intrepidez, que desconcertó las artificiosas medidas de los herejes, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio niceno general, al que suscribió como abad de Sacudion, y en el cual trabajó tan eficazmente con san Tarasio y los demás padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años continuos en la mazor abstraccion y retiro, y en el ejercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendo caido enfermo, se valió de este pretexto para renunciar la abadía, en la cual le sucedió su sobrino san Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz María su legítima mujer, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escandalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma emperatriz, y parienta muy cercana de nuestro santo. Con todo eso él y su sobrino san Teodoro fueron casi los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. El emperador se valió de cuantos medios pudo para ganarle, de ruegos, de promesas y de amenazas; pero nada bastó para doblar su ge-

nerosa entereza y su religion. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta á muchos de sus parientes; pero ni por eso blandeó su zelo, ni se alteró su tranquilidad. Viósele por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que habia celebrado el matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Sacudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Las incursiones de los bárbaros obligaron al santo á dejar este monasterio, y retirarse al de Estudio, donde haciendo que se eligiese por abad á san Teodoro, quiso él vivir como recluso. El teson con que se mantuvo en no admitir á la comunión al clérigo que habia celebrado el escandaloso matrimonio del difunto emperador, le atrajo nueva persecucion de parte de su sucesor Nicéforo. Enconaron tanto el ánimo de este príncipe los herejes encubiertos que seguían la corte y eran enemigos mortales de nuestro santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Muerto Nicéforo con todo su ejército á manos de los Escitas, el emperador Miguel que le sucedió, y era príncipe piadoso, levantó el destierro á Platon. Mas los grandes trabajos que habia padecido, su mucha ancianidad y sus rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monjes, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendición, les rogó que le condujesen á la sepultura. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Este es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos*; y añadió despues: *el Señor cumple los deseos de los que le temen,*

y los libra de sus males. Concurrieron las personas mas distinguidas de la ciudad á recibir su bendicion, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el patriarca Nicéforo. No dejó Platon de orar hasta que dejó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en alta voz por todos sus hermanos, por toda la santa Iglesia, y en particular por todos los que le habian perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los 79 de su edad, habiendo pasado los 55 en el monasterio.

Escribió su vida su sobrino y sucesor san Teodoro Estudita, y da fin á ella con esta devota oracion.

« Santo padre mio, dignate desde lo alto del cielo, donde te ha colocado el Señor, de volver hácia mi tus benignos ojos, y de ser, por tu intercesion, mi apoyo, mi luz y mi guia. *Pasce mecum hunc gregem quem multo labore et sudore collegisti*: Ayúdame á instruir y á gobernar santamente este rebaño que juntaste con tantos sudores y fatigas. *Ut tuis insistens vestigiis ambulet per viam mandatorum Dei*: para que siguiendo tus pasos, é imitando tus ejemplos, jamás se aparte del camino de los mandamientos de Dios. *Observa, fove, propugna tam magnos quam parvos, quemadmodum te rogavi in hora exitus tui*: Vela, conserva y defiende así á los grandes como á los pequeños, como te lo supliqué en la hora de tu muerte. *Tui enim sunt omnes*; porque todos son tus hijos, así como el que tú quisiste darles por padre; para que teniéndote por nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos á nuestros enemigos, nunca caigamos en error, nos mantengamos firmes en la fe, miremos con horror toda relajacion, y perseveremos hasta el último suspiro en la santidad de vida que abrazamos en Jesucristo nuestro Señor,

» á quien sea la gloria, la honra y el poder, con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos. Amen. »

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

| | |
|------------------------------|-------------------------------|
| Intercessio nos, quæsumus, | Suplicámoste, Señor, que |
| Domine, beati Platonis ab- | nos haga recomendables la in- |
| batis commendet: ut quod | tercesion del bienaventurado |
| nostris meritis non valemus, | Platon abad, para conseguir |
| ejus patrocinio assequamur. | por su proteccion lo que no |
| Per Dominum nostrum... | podemos por nuestros mereci- |
| | mientos. Por nuestro Señor... |

La epistola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 6.

| | |
|---|---|
| Fratres: Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas; quam quidam appetentes erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ó homo Dei, hæc fuge. | Hermanos: Los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la avaricia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se anegaron en muchos dolores; pero tú, ó hombre de Dios, huye estas cosas. |
|---|---|

NOTA.

« Es probable que san Pablo escribió esta primera » carta á su querido discipulo Timoteo en el cuarto » viaje que hizo á Macedonia, cuando volvió á Oriente, » despues de su primera prision de Roma. Como » Timoteo aun era mozo y de poca experiencia, el

» Apóstol le da en ella saludables consejos, de los
» cuales pueden aprovecharse todos los fieles. »

REFLEXIONES.

Son pocos los que están contentos con su suerte. El que se ve en puesto elevado, quiere subir mas arriba. No hay estado, no hay condicion en el mundo que tarde ó temprano no cause tedio. La mediania desagrada, la abundancia altera. Van creciendo con nosotros nuestros inquietos deseos: cuanto mas se les sustenta, mas insaciables se hacen. Es nuestra vida una perpetua cadena de inquietudes, y por lo regular es nuestro propio corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego.

Los bienes criados solo tienen atractivo cuando no se poseen: en poseyéndose, fastidian. Hágase en el mundo la mayor fortuna que se quisiere; solo se ocupa el pensamiento y el deseo en lo que resta por hacer. Los sucesos desgraciados irritan nuestra ambicion; los prósperos la encienden. Todos nacemos con cierto fondo de ambicion que solo se acaba con la vida. No nos permite vivir tranquilos, porque nunca está contenta. Siempre se considera muy abajo el que juzga que puede subir mas arriba.

Quiere uno hacerse rico, quiere ascender, quiere hacer figura: ¡qué desvelos, qué fatigas, qué disgustos! ¡No le ha de costar mil trabajos abrirse camino por tanta multitud de estorbos, por medio de aquella muchedumbre de envidiosos y de concurrentes? ¡Cuántos desaires ha de sufrir! ¡cuántos peligros ha de precaver! ¡cuántos sustos ha de pasar! Ascendió ya un escalon; es preciso que se detenga mucho tiempo en él antes de pasar á otro. Pregunto: ¿la fortuna que se hace vale por ventura tanto como cuesta? Aumentósele á este ambicioso la

renta, pero tambien se le aumentaron con ella los cuidados.

Aplicase el otro al comercio, y desde luego se promete que ha de ser tan afortunado como otros muchos que comenzaron con menos fondos. El que tiene ambicion, nunca se imagina sin habilidad y sin genio; al atrevido jamás se le representa el éxito dudoso. ¡Oh! que es un mar borrascoso, lleno de escollos, y famoso por sus muchos naufragios: no importa, ni por eso ha de dejar de embarcarse. Hácese la cuenta de que si fueren los vientos contrarios, navegará á fuerza de remos; y á pesar de los piratas y de otros cien peligros, cada uno espera arribar al puerto.

Es el deseo de las riquezas el mayor tirano de nuestro corazon. No hay prudencia, no hay prevision humana que no esté expuesta á dejarse alucinar, á dejarse engañar de la codicia. Sin duda que por castigar esta insaciable pasion permite Dios cada dia caidas tan vergonzosas.

Habia echado el Señor la bendicion á tu primera fortuna; tenias ya con qué pasar decentemente segun tu condicion y tu estado. Si hubieras reprimido ese codicioso anhelo de ganar; si hubieras moderado esa desmedida ambicion, esa avaricia, hubieras hecho un negocio mas sólido y mas seguro. Cuando la fortuna no camina muy de priesa, está menos expuesta á tropezar. Los edificios que se levantan poco á poco suelen ser los mas firmes y mas sólidos. Pero esa ambiciosa impaciencia de sacudir cuanto antes el polvo en que naciste, fué la que te llenó de polvo hasta los ojos. La ansia de ser rico precipita; y parece que se complace Dios en confundir las altaneras ideas de esos temerarios ambiciosos.

Qui festinat ditari, non erit innocens, dice el Sábio (1).

(1) Proverb. 28.

La insaciable avaricia hace coger á todas manos; y las fortunas repentinas no siempre son las mas limpias. Pero se consulta poco á la conciencia cuando domina mucho la ambicion. Olvidanse las mas sagradas leyes del parentesco y de la amistad; aun las de la Religion apenas se conocen. Donde reina el interés no se da cuartel á la hombría de bien, ni á la buena fe, sino bajo onerosas condiciones. Importa poco que no se tengan caudales, basta que se tenga crédito; y el crédito es no pocas veces fruto de una temeraria osadía. El dinero de otro es el cimiento sobre que se levanta toda la máquina del edificio. Las pérdidas y los contratiempos irritan la pasion, y sirven para que se formen nuevos proyectos. Al mas lijero vislumbre de una gruesa ganancia abre el ojo la codicia; y no pocas veces esta luz engañosa solo conduce para aumentar la confusion, y para precipitar la ruina. *Est homo laborans, et festinans, et dolens; et tanto magis non abundabit* (1). Cuesta el elevarse tan alto, cuesta el caminar tan apriesa; y por lo comun solo es para que se haga mas sensible el precipicio, y mas dolorosa la caída. Tanto es verdad segun dice el Apóstol, que los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion, en los lazos del demonio, y en muchos vanos deseos que sumergen á los hombres en un abismo de desdichas y de perdicion: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia quæ mergunt homines in interitum.*

El evangelio es del cap. 16 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen, dico vobis, quia plorabit, et flebitis vos. Mundus autem

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis, y gemiréis vosotros. El mundo

(1) Eccl. 11.

gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

se alegrará; vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, tenéis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

DE LA IMITACION DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué dichosos son los santos: pues nosotros podemos serlo tanto como ellos con el auxilio de la divina gracia, siendo cierto que solo estamos en la tierra para alcanzar la misma suerte que los bienaventurados en el cielo. Es sin duda grande su recompensa; pero no es menor la que Dios nos ofrece á nosotros. Ellos fueron lo que nosotros somos, y nosotros solo estamos aquí para llegar á ser lo que son ellos.

Busquemos el modo de vivir que mejor nos pareciere; forjemos sistemas de conciencia y de moral como se nos antojare; autoricémoslos con todas las sutilezas, con todas las benignas interpretaciones del amor propio; siempre será verdad que la vida de los santos debe ser nuestro modelo. Ellos imitaron á Cristo, y nosotros debemos imitarlos á ellos, si queremos tener parte en la herencia de nuestro Padre

celestial. Si pretendemos arribar al mismo término, hemos menester seguir el mismo camino. Es cierto que ellos no anduvieron descaminados; ¿pues qué vamos á aventurar nosotros en tomarlos por guías? ¿podemos por ventura escoger otras? Y siendo cierto que no hay otro camino para el cielo que el que siguieron ellos, ¿dónde iremos nosotros á parar si tomamos otro?

Todos admiramos á los santos, todos los alabamos, á todos nos encantan sus vidas cuando las leemos. Su inocencia, su modestia, su humildad, su mortificación son asuntos de nuestros elogios; ¿y no podemos temer que algun día sean sus virtudes el argumento de nuestra condenacion? ¿Qué cosa esencial hicieron ellos, que nosotros no estemos obligados indispensablemente á hacer? Hicieron ellos rigurosas y largas penitencias por los pecados mas leves; nosotros los hemos cometido gravísimos: ¿pues quién nos ha dispensado de hacer penitencia? Ellos vivieron una vida inocente: ¿debe acaso ser menos pura nuestra vida? La regla de su conducta fué el evangelio de Jesucristo: ¿cuál debe ser la regla de la nuestra? ¿tenemos por ventura otro evangelio que autorice la licencia de nuestras costumbres?

Quien viese la conducta de los santos y la nuestra, ¿diría que todos éramos de una misma religion? ¿Qué prodigio, si siendo tan poco semejantes á los santos en la vida, fuésemos semejantes á ellos en la muerte! ¿Dos caminos tan opuestos podrán conducir á un mismo término? En buena fe, ¿nos atreveremos á esperararlo? ¿y no será una insigne locura prometerlo?

¡Ah mi Dios, y cuánto tiempo ha que yo me lo estoy prometiendo! ¿Pero en qué principio me fundo? Conozco mi error, y con el auxilio de vuestra divina gracia espero, no ya tener la misma suerte de los

santos, pareciéndome tan poco á ellos, sino imitar de aquí adelante á los santos para lograr su misma suerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que algun dia serán los santos argumento de nuestra condenacion, si hoy no son modelo de nuestra vida. Habiendo sido hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones, capaces de las mismas miserias, fueron fieles á la gracia, y con ella triunfaron del enemigo de la salvacion, cumplieron la ley, y llenaron con exactitud todos los deberes de la justicia.

Muchos de nuestra misma edad y de nuestra misma condicion, algunos de ellos aun de complexion mas delicada, cerraron los oidos á las voces de la carne y de la sangre. No fué respecto de ellos el mundo ni menos imperioso, ni menos halagüeño; pero fueron mas generosos, mas fieles que nosotros. No se ensanchó para ellos el camino del cielo: tuvieron las mismas dificultades, las mismas cuestas que trepar, las mismas tentaciones, los mismos obstáculos que vencer; pero no tuvieron la misma cobardía. Fuéles necesario combatir, fué grande la violencia, y les costó mucho la victoria. Nosotros vamos detrás de ellos; pero ¿seguimos sus pisadas? Es menester confesarlo: hemos degenerado mucho de la piedad y de la religion de nuestros padres. Nos lisonjeamos de que profesamos la misma fe, de que tenemos la dicha de ser de la misma iglesia: mas, ¡ó Dios, y qué horrible diferencia de costumbres! Cotejemos nuestra inocencia con la suya, nuestra mortificacion con su penitencia. ¿Qué no hicieron ellos para ser santos? pero ¿qué hacemos nosotros para serlo?

Ciertamente, ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros hacemos muy poco. ¿Tendremos valor para

acusarlos de que dieron en excesos, cuando todos murieron con dolor de no haber hecho mucho mas, y no pocos con miedo de no haber hecho bastante? Ellos se acreditaron de prudentes en haber sido tan humildes, tan observantes de la ley, tan ejemplares y tan mortificados: ¿nos acreditaremos nosotros de entendidos, trabajando tan poco en ser semejantes á ellos? Los santos no hicieron mas que lo que debian, y ciertamente no hicieron demasiado: ¿hacemos nosotros aquello que debemos, hacemos lo preciso á que estamos obligados, cuando nos parecemos tan poco á los santos? ¿Qué tendremos que responder para justificarnos á vista de sus ejemplos?

Aquellas verdades de nuestra religion que hicieron tanta impresion en su corazon y en su entendimiento, y que hacen tan poca en el nuestro, nada han perdido ni de su virtud ni de su fuerza; las máximas del Evangelio no se han envejecido; el premio y los castigos son los mismos; la misma doctrina persevera y los mismos documentos. ¿Pues de dónde nace la enorme diferencia que se observa de dictámenes y de conducta? ¿quiénes van descaminados, los santos, cuya vida fué tan diferente de la nuestra, ó nosotros, que seguimos una senda tan opuesta á la que llevaron los santos?

Representate á un san Platon, ya en la tranquilidad de su retiro, ya en el tumulto de la corte; unas veces honrado, otras perseguido de los grandes: siempre le hallarás humilde y mortificado, siempre discípulo de Cristo, siempre fiel. ¿Podré yo decir lo propio de mí entre las ordinarias mudanzas, entre los varios acaecimientos de la vida y del estado en que me hallo?

¡O mi Dios, qué vivas, qué punzantes reprensiones nos están dando las pinturas, las estatuas de los santos! No hay retrato de ellos que no me esté repre-

diendo mi tibieza en el servicio de Dios, mi cobardía, mi orgullo, la licencia de mis costumbres, y todos los desórdenes de mi vida. Lo conozco, Señor; y espero que de hoy en adelante, asistido de vuestra divina gracia, al mismo tiempo que honre y que veneré á los santos, me esforzaré tambien á imitarlos.

JACULATORIAS.

Filii sanctorum sumus. Tob. 2.

Hijos somos de los santos.

Mementote praepositorum vestrorum; quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Hebr. 13.

Traigamos á la memoria los ejemplos de nuestros mayores, y haciendo reflexion al dichoso fin que tuvieron, imitemos su fe, y vivamos como vivieron ellos.

PROPOSITOS.

4. Léense con gusto las vidas de los santos; se admira su fe, se ensalza su fervor, se engrandece su aliento, y apenas hay elogio que no se dé con el mayor encarecimiento á su prudencia: pero ¿qué fruto se saca de una veneracion tan justa y tan universal? Todo se aplaude, y nada se imita. Se miran las virtudes de aquellos héroes cristianos como si fueran frutos de paises muy remotos; conócese su mérito, y se estima su valor; pero no pasa la reflexion mas allá de la admiracion y del aprecio. ¡Cosa extraña! á casi todos arrastra el mal ejemplo, y en poquísimos hace impresion la virtud mas ejemplar. Apenas hay quien no tenga envidia al que ve mas elevado, y que no haga esfuerzos para subir tanto como él. La misma oscuridad del nacimiento, la misma medianía de fortuna irrita la ambicion, en vez de moderarla. Aunque los siglos no ofrecieran mas que un solo ejemplo